

Costa azul¹

Esta villa del Norte, empinada sobre el Cantábrico; esta villa opulenta y montaraz, elegante y adusta, verde y hermosa, nos recuerda mucho, por la emoción rara y fuerte que produce, otra villa también española y marinera: Sitges, la blanca, tendida al sol con suprema dulzura junto a la costa soberbia de Garraf.

Los sombríos desfiladeros que rodean, inexpugnables, a Castelldefels me dieron, en mi primera jornada oriental, la brusca sensación del paisaje de mi país; cuando se amansó la ribera, de repente, para dejarme ver un deslumbrante cuadro levantino: la bella *Subur*, abrigada por la atrevida Punta de la Terrosa, apacible al redoso del Cabo, sonriente y coqueta, mirándose en el mar.

Aquí en esta villa aletea, lo mismo que allá, una arbolada loma cubierta de verdor, sobre una playa. Y entre los pinares y el césped sube hasta perfilarse en el cielo una imagen monumental, el bronce que perpetúa la memoria de un insigne montañés a quien su pueblo debe gratitud.

En Sitges, por un blando camino de palmeras acostado con serenidad en los arenales, se arriba, entre flores, a un monumento que recorta, igualmente, la figura de un hombre, encima del cielo y de la mar. Es el peregrino tributo del vecindario a un pintor, el homenaje que los suburenses rinden al *Greco* bajo la influencia de un artista catalán.

En una y otra villa, dos entusiasmos puros, el agradecimiento y la admiración, han significado su poder en la linde marinera, a la sombra de los árboles simbólicos. Ambos pueblos hermanos son de los escogidos que saben descubrir las dos fuentes más nobles de la vida, el arte y la bondad en cuyas aguas murmuran sus eternos cantares el rey del mundo: el Amor.

Estas dos poblaciones tienen un rostro muy expresivo, un cariz elocuente que demuestra su gesto individual y abre su camino interior a quienes lo consideran por primera vez.

Nada hermético ni arcano encubre el perfil moral de estas dos orillas, descollantes por la hermosura y la distinción. Son como dos criaturas ingenuas y habladoras que no guardan ningún secreto y nos dicen al punto sus ilusiones y sus propósitos.

¹ Publicado en *Blanco y Negro* (30 de octubre de 1932, pp. 35, 36, 38).

Comillas, la norteña, se emboza, inútilmente, con brumas y celajes que no consiguen esconder su alma. En vano despunta en su paisaje político y natural cierta romántica altivez que intenta servirles de antifaz; porque la ilustre villa montañesa nos dice a gritos que es infanzona y robusta, muy versada en genealogías y devociones y algo incongruente al ejercer con el mismo empeño la ciencia mundana del blasón y la caridad apostólica de la Cruz.

Sitges, más tranquila y armoniosa, nos induce al culto del Arte con tan viva persuasión, que no padecemos sorpresa ninguna al encontrarnos en la plaza con la efigie del *Greco*, ni sentimos asombro cuando la propia orilla nos conduce al extraordinario museo de Cau Ferrat, donde la sombra de Rusiñol vela con incansable ternura sobre la villa blanca y azul.

Pocos artistas habrán logrado como este, por la gracia y el influjo de la bondad, imponer el sello de su carácter a una población entera. Toda Sitges, con su caserío resplandeciente, sus jardines lozanos, su cielo y su mar ebrios de luz, parece destinada a unguir de poesía la obra de aquel hombre singular y es una prolongación, una margen de la casa donde el autor de *Pati blau* hizo derroche de esplendidez y buen gusto, en un desbordamiento de su paleta generosa, para embellecer en torno suyo las aguas y las veredas, los cielos y los horizontes.

El museo de Cau Ferrat no maravilla solo por su colección de hierros magníficos, de vidrios admirables, de cuadros y telas, bronces y porcelanas, muebles y joyas.

Para quien llega a los umbrales de aquel retiro con devota actitud, el museo de Rusiñol se convierte en un hospitalario hogar propenso a todas las solicitudes de la alta inspiración. La vida cobra allí un solemne reposo en el cual creemos posible percibir la muda sinfonía de los colores, la sutil confidencia de los sonidos, el eco sordo del corazón de la humanidad.

Y nos identificamos con el artífice de la pluma y del pincel que compone en el libro las líricas *Oraciones* y en el lienzo los célebres *Jardines de España*.

En la casa playera de Rusiñol los ánditos sobre el agua son breves, como dispuestos para la intimidad, atrevidos como para sentir a todas horas el impulso brioso de la marejada. Los ventanales, anchos y policromos, llenan las estancias de irisaciones y se abren encima de las olas en audaz atisbo de la infinita visión. Así, todos los temblores y cambiantes del Mediterráneo se vuelcan en los aposentos con vida y color en perpetua inquietud, remedando un inmenso vergel.

Y se hicieron así famosos los cuadros jardineros de La Granja, de Sevilla y de Aranjuez, de Granada, Valencia y Mallorca. Sólo allí pudo engendrarse la melancolía y la belleza, el esplendor y la luz capaces de expresar con ínclita revelación el talante de uno y otro plantel.

Cuando hay en el mundo un campeonato de jardines, España, la recóndita, la olvidada y desconocida, obtiene el primer galardón. Y es un catalán españolísimo quien divulga en el arte nuestros jardines, convirtiendo su taller en ardiente crisol donde se depuran los iris y las tonalidades, el hechizo y el misterio de nuestra flora civil.

Desde la playa berroqueña de Comillas, tan relacionada con eminentes linajes de Cataluña, tan fértil en vínculos de la buena raíz humana y española, recordamos hoy, con la doble fraternidad del buen patriotismo, aquel reposo nuestro en los clásicos *festejadors* del venerable museo que al través de Sitges nos envía, siempre, el caliente resplendor de nuestra costa azul; donde el clima nos prolonga la dulzura de un verano meridional y el arte nos consagra el privilegio de los jardines maravillosos.

Concha Espina.